

HOMODEI

Encontraréis otra, que esta llave abre también.

LA TISBE

¿Y después de esa otra?

HOMODEI

La tercera. Esta llave las abre todas.

LA TISBE

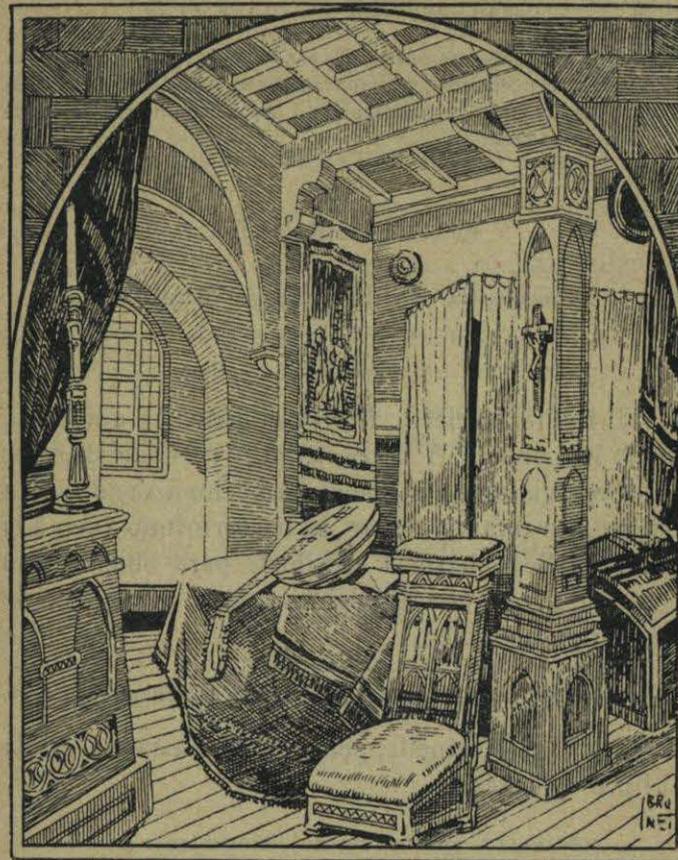
¿Y después de la tercera?

HOMODEI

Ya lo veréis.

SEGUNDA JORNADA

EL CRUCIFIJO



SEGUNDA JORNADA

EL CRUCIFIJO

Un aposento ricamente tapizado de encarnado con bordados de oro. En un rincón, á la izquierda, una magnífica cama sobre un estrado, cobijada por un dosel sostenido por columnas salomónicas. De los cuatro lados del dosel cuelgan cortinajes de color carmesí, que pueden correrse y ocultar enteramente el lecho. En el ángulo de la derecha, una ventana abierta. En el mismo lado, una puerta oculta bajo un tapiz; cerca, un reclinatorio, encima del cual se ve colgado en el muro un crucifijo de cobre pulimentado. En el fondo una gran puerta de dos hojas. Entre esta

puerta y la cama otra puerta más pequeña y muy adornada. Mesa, sillones, candelabros y un gran aparador. A través de la ventana divisase un jardín, y campanarios á la luz de la luna. Encima de la mesa un laúd.

ESCENA PRIMERA

DAFNE, REGINELLA; luego HOMODEI

REGINELLA

Sí, Dafne, es cierto. Froilo, el guardián nocturno, me lo ha contado. Y la cosa es muy reciente, durante el último viaje que la señora ha hecho á Venecia. Un esbirro, un infame esbirro, se ha permitido amar á la señora, y llegó hasta á escribirle para obtener una cita. ¿Te parece concebible? La señora mandó que lo echaran, é hizo bien.

DAFNE, entreabriendo la puerta junto al reclinatorio

Está bien, Reginella; pero la señora está esperando el libro de horas.

REGINELLA, apilando algunos libros sobre la mesa

En cuanto á la otra aventura, es aun más terrible, y también estoy segura de ella. Por haber avisado á su amo, que había encontrado á un espía en la casa, el pobre Palinuro murió súbitamente aquella misma noche. El veneno, ¿comprendes? Te aconsejo que tengas mucha prudencia. En primer lugar, hay que ir con cuidado con lo que se dice en palacio. Parece que siempre hay alguien que escucha detrás de las paredes.

DAFNE

Ea, despacha, ya hablaremos otro rato. La señora espera.

REGINELLA, que sigue arreglando los libros y con los ojos fijos en la mesa

Si tienes prisa, adelántate, que ya te sigo.

(DAFNE sale y cierra la puerta tras de sí sin que REGINELLA se aperciba.)

Pero, lo repito, Dafne, hay que guardar silencio en este maldito palacio. No hay más que este cuarto donde se pueda hablar con libertad. ¡Ah! Aquí al menos se está tranquilo. Podemos decir cuanto se nos antoje. Es el único sitio en donde, cuando se habla, se está seguro de no ser escuchado.

(Mientras está diciendo estas últimas palabras, un aparador adosado al muro de la derecha da vuelta sobre sí mismo, dando paso á HOMODEI sin que REGINELLA se aperciba, y vuelve á cerrarse.)

HOMODEI

Es el único sitio en donde, cuando se habla, se está seguro de no ser escuchado.

REGINELLA, volviéndose

¡Cielos!

HOMODEI

¡Silencio!

(Entreabre su capote y descubre el jubón de terciopelo negro, donde están bordadas en plata estas tres letras C. D. X. REGINELLA observa aterrada las letras y al hombre.)

El que ve á uno de nosotros y deja adivinar á quien quiera que sea con un signo cualquiera que nos ha visto, antes de terminar el día ha muerto. El populacho habla de nosotros, y no puedes ignorar que las cosas pasan según te he dicho.

REGINELLA

¡Jesús! Mas ¿por qué puerta ha entrado?

HOMODEI

Por ninguna.

REGINELLA

¡Jesús!

HOMODEI

Responde á mis preguntas y cuidado con engañarme. Te costaría la vida. ¿A dónde conduce esta puerta?

(Muestra la gran puerta del fondo.)

REGINELLA

Al dormitorio de monseñor.

HOMODEI, mostrando la puertecita que está junto á la puerta grande

¿Y esta?

REGINELLA

A una escalera secreta que comunica con las galerías del palacio. Sólo monseñor posee la llave.

HOMODEI, designando la puerta inmediata al reclinatorio

¿Y esta?

REGINELLA

Al oratorio de la señora.

HOMODEI

¿Hay alguna salida en el oratorio?

REGINELLA

No. El oratorio está en una torrecilla. Sólo hay una ventana enrejada.

HOMODEI, yendo á la ventana

Que está al nivel de esta. Está bien. Ochenta pies de muro cortado á pico, y el Brenta abajo. La reja es puro lujo. Empero, en el oratorio hay una escalerilla. ¿A dónde sube?

REGINELLA

A mi cuarto, que lo es también de Dafne, monseñor.

HOMODEI

¿Hay alguna salida en ese cuarto?

REGINELLA

No, monseñor. Una ventana con reja, y no hay más puerta que la que baja al oratorio.

HOMODEI

Así que vuelva tu ama, subirás á tu aposento, y permanecerás allí sin escuchar y sin decir palabra.

REGINELLA

Obedeceré, monseñor.

HOMODEI

¿Dónde está tu ama?

REGINELLA

Rezando en el oratorio.

HOMODEI

¿Volverá aquí pronto?

REGINELLA

Sí, monseñor.

HOMODEI

Mas no antes de media hora.

REGINELLA

No, monseñor.

HOMODEI

Está bien. Vete. ¡Sobre todo, silencio! Nada de lo que aquí va á pasar te importa. Deja hacer sin decir esta boca es mía. Si el gato juega con el ratón, ¿qué se te da á ti? Tú ni me has visto ni sabes que exista. ¿Comprendes? Si profieres una palabra, la oiré; si guiñas el ojo, lo veré; si haces un gesto, un signo, si aprietas una mano, lo percibiré. Y ahora vete.

REGINELLA

¡Dios mío! ¿Quién va á morir aquí?

HOMODEI

Tú, si hablas.

(A un signo de HOMODEI, REGINELLA sale por la puertecita inmediata al reclinatorio. Apenas ha salido, HOMODEI se aproxima al aparador, que da vuelta otra vez sobre sí mismo y deja ver un corredor obscuro.)

Monseñor Rodolfo, ya podéis venir. Hay nueve escalones.

(Se oyen pasos en la escalera que oculta el aparador y aparece RODOLFO.)

ESCENA SEGUNDA

HOMODEI; RODOLFO envuelto en una capa

HOMODEI

Entrad.

RODOLFO

¿Dónde estoy?

HOMODEI

¿Dónde estáis? Tal vez sobre el tablado de vuestro patíbulo.

RODOLFO

¿Qué queréis decir?

HOMODEI

¿Ha llegado á vuestros oídos que hay en Padua un aposento, un terrible aposento, aunque esté lleno de flores, de perfumes y hasta de amor á veces, donde no puede penetrar un hombre, de cualquier condición que sea, noble ó plebeyo, joven ó viejo, pues con sólo entrar, con entreabrir la puerta apenas, comete un crimen castigado con la muerte?

RODOLFO

Si, el cuarto de la mujer del podestá.

HOMODEI

Precisamente.

RODOLFO

¿Ese cuarto, pues...?

HOMODEI

Estáis en él.

RODOLFO

¿En el de la mujer del podestá?

HOMODEI

Sí.

RODOLFO

¿La mujer que yo amo?...

HOMODEI

Se llama Caterina Bragadini, esposa de Angelo Malipieri, podestá de Padua.

RODOLFO

¿Será posible? ¿Caterina Bragadini la mujer del podestá!

HOMODEI

Si tenéis miedo aun es tiempo; la puerta está abierta, marchaos.

RODOLFO

Miedo por mí, no, sino por ella. ¿Quién me responde de vos?

HOMODEI

Voy á decíroslo puesto que lo queréis. Hace ocho días, á hora avanzada de la noche, pasabais por la plaza de San Prodócimo. Ibais solo. Oísteis ruido de espadas y gritos detrás de la iglesia, y allí corrísteis.

RODOLFO

Sí, y libré de tres asesinos que iban á matarle á un hombre enmascarado...

HOMODEI

El cual se marchó sin deciros su nombre y sin daros las gracias. Aquel hombre enmascarado era yo. Desde aquella noche, monseñor Ezzelino, os tengo afecto. Vos no me conocéis, pero os conozco yo. Y he tratado de reuniros con la mujer que amáis. Es gratitud, nada más. ¿Os fiaréis de mí ahora?

RODOLFO

¡Oh, sí; gracias!. Temía que ella fuese víctima de alguna infamia. Sentía un peso en el corazón y tú me lo quitas. ¡Ah, tú eres mi amigo, mi amigo para siempre! Tú haces por mí mucho más de lo que hice por ti. ¡Ah, yo no hubiera vivido mucho tiempo sin ver á Caterina! Me habría dado la muerte y me hubiera condenado. Ya lo ves; yo sólo te he salvado la vida; ¡tú salvas mi corazón y salvas mi alma!

HOMODEI

¿Así, os quedáis?

RODOLFO

Sí, me quedo, me quedo. Repito que fio en ti. ¡Oh, volverla á ver! ¡Una hora, un minuto, pero volverla á ver! ¿Dónde está?

HOMODEI

Allí, en su oratorio.

RODOLFO

¿Y dónde la veré?

HOMODEI

Aquí.

RODOLFO

¿Cuándo?

HOMODEI

Antes de un cuarto de hora.

RODOLFO

¡Dios mío!

HOMODEI, mostrándole todas las puertas. una después de otra

Escuchad con atención. Allí, en el fondo, está el dormitorio del podestá. En este momento está durmiendo, y nadie vela á estas horas en el palacio fuera de madona Caterina y nosotros. Imagino que nada arriesgáis esta noche. En cuanto á la entrada que nos ha servido, no puedo comunicaros el secreto, que solamente yo conozco; pero al amanecer os será fácil escapar.

(Yendo hacia el fondo.)

Esta es, pues, la puerta del marido. En cuanto á vos, señor Rodolfo, que sois el amante,

(mostrándole la ventana)

no os aconsejo que os valgáis de esta en ningún caso. Ochenta pies á pico y el río en el fondo. Y ahora os dejo.

RODOLFO

¿Habéis dicho antes de un cuarto de hora?

HOMODEI

Sí.

RODOLFO

¿Vendrá sola?

HOMODEI

Tal vez no. Escondeos por algunos instantes.

RODOLFO

¿Dónde?

HOMODEI

Detrás de la cama. O mejor, en el balcón. Os dejaréis ver cuando lo juzguéis oportuno. Me parece oír rumor de sillas en el oratorio. La señora Caterina va á volver. Hora es ya de separarnos. Adiós.

RODOLFO, junto al balcón

Cualquiera que seáis, después de un tal servicio, podréis disponer en adelante de todo lo mío, de mi fortuna, de mi vida.

(Entra en el balcón, donde desaparece.)

HOMODEI, avanzando otra vez. Aparte

¡La vida! Ya no os pertenece, monseñor.

(Observa si RODOLFO no le ve, saca del pecho una carta y la deja sobre la mesa. Luego sale por la entrada secreta, que vuelve á cerrarse detrás de él. Entran por la puerta del oratorio CATERINA Y DAFNE. CATERINA en traje de mujer noble veneciana.)



ESCENA TERCERA

CATERINA y DAFNE; RODOLFO, oculto en el balcón

CATERINA

¡Más de un mes! ¿Sabes que hace más de un mes, Dafne? ¡Ah, todo acabó! Si al menos pudiera dormir, le vería tal vez en sueños. Mas no duermo. ¿Dónde está Reginella?

DAFNE

Acaba de subir á su aposento, donde se ha puesto

ANGELO

63

á orar. ¿Queréis que la llame para que venga á servirnos?

CATERINA

Déjala que sirva á Dios. Déjala orar. ¡Ay! A mi la oración ya de nada me sirve.

DAFNE

¿Queréis que cierre esa ventana, señora?

CATERINA

Y esto es debido á que sufro mucho; tú bien lo sabes, mi pobre Dafne. ¡Cinco semanas han pasado, cinco eternas semanas sin verle! No, no cierres la ventana. Esto me refresca algo. La cabeza me arde. Toca. ¡Y no le veré más! Estoy encerrada, guardada, en prisión. Todo ha terminado. Penetrar en este aposento es un crimen de muerte. ¡Oh, no querría verle siquiera! ¡Verle aquí! Esta sola idea ya me hace temblar. ¡Ay, Dios mío! ¿Era entonces verdaderamente culpable ese amor? ¿Por qué ha vuelto á Padua? ¿Por qué me he dejado sorprender otra vez por esa dicha que debía ser tan corta? De vez en cuando le veía una hora. Y aquella hora, tan estrecha y tan rápidamente cerrada, era la única rendija por donde entraba un poco de aire y de sol en mi vida. Ahora todo está tapiado. No volveré á ver más aquel semblante por donde asomaba el día. ¡Oh, Rodolfo! Dafne, dime la verdad, ¿no opinas como yo que no volveré á verle más?

DAFNE

Señora...

CATERINA

Y después, yo no soy como las demás mujeres.

Los placeres, las fiestas, las distracciones, nada me importarían. Desde hace siete años, Dafne, no guardo en mi corazón más que una idea, el amor; más que un sentimiento, el amor; más que un nombre, Rodolfo. Cuando miro dentro de mí, encuentro á Rodolfo, siempre á Rodolfo, ¡nada más que á Rodolfo! Mi alma está hecha á su imagen. Y, ya ves, me sería imposible ser de otro modo. Hace siete años que le amo. Yo era muy joven. ¡Y os casan luego sin piedad! A mi marido ¿ves? ni siquiera me atrevo á hablarle. ¿Y crees que mi vida pueda ser dichosa? ¡Qué triste situación la mía! ¡Si al menos tuviese á mi madre!

DAFNE

Alejad esas tristes ideas, señora.

CATERINA

¡Oh! ¡Cuántas noches como ésta, Dafne, hemos pasado él y yo, deslizándose dulcemente las horas! ¿Te parece si es pecado todo esto que te digo de él? ¿No, verdad? Vamos, veo que te aflige mi pesar y no quiero darte pena. Vete á dormir. Márchate con Reginella.

DAFNE

¿Entonces, la señora?...

CATERINA

Sí, me desnudaré sola. Duerme tranquila, mi buena Dafne. Adiós.

DAFNE

¡Que el cielo os guarde esta noche, señora!

(Sale por la puerta del oratorio.)

ESCENA CUARTA

CATERINA; RODOLFO, al principio en el balcón

CATERINA, sola

A veces me cantaba una canción. ¡Y la cantaba á mis pies con voz tan dulce! ¡Oh! Hay momentos en que desearía verle. ¡Daría mi sangre por verle! Y por oír la copla que me dirigía.

(Toma el laúd.)

Este era el tono, me parece.

(Toca algunos compases de una música melancólica.)

Quisiera recordar las palabras. ¡Oh! ¡Hasta vendería mi alma para oírse las cantar una vez más, sin verle, de lejos, tan lejos como quisieran! ¡Pero su voz! ¡Oír su voz!

RODOLFO, desde el balcón donde está escondido. Canta

Mi alma en la tuya se fundía
y sólo vivo ya á tu lado,
pues un destino bienhadado
con lazo eterno nos unió.
Yo soy el laúd, tú la armonía;
yo el arbolillo, tú la brisa;
los labios yo, tú la sonrisa;
tú la belleza, el amor yo.

CATERINA, dejando caer el laúd

¡Cielos!

RODOLFO, prosiguiendo, siempre oculto

Y en tanto la hora
vuela inclemente,
mi voz que llora
roza canora
tu pura frente.

CATERINA

¡Rodolfo!

RODOLFO, apareciendo y arrojando la capa en el balcón

¡Caterina!

(Cae á sus pies.)

CATERINA

¿Vos aquí? ¿Aquí?... ¡Ah, Dios mío! ¡Muero de gozo y de espanto! ¡Rodolfo! ¿Ya sabéis dónde estáis? ¿Os figuráis acaso que estáis en un aposento como otro cualquiera, desdichado? ¡Arriesgáis la cabeza!

RODOLFO

¡Qué me importa! Si no os viera me moriría, y prefiero morir después de haberos visto.

CATERINA

Has hecho bien. Sí, bien hiciste en venir. De este modo arriesgo también mi cabeza. Si vuelvo á verte, ¿qué me importa lo que venga? ¡Una hora contigo, y húndase este techo después si quiere!

RODOLFO

Además, el cielo nos protegerá; todos duermen en

el palacio, y no hay razón para que yo no salga como he entrado.

CATERINA

¿Cómo lo has hecho?

RODOLFO

Merced á un hombre á quien salvé la vida. Ya os explicaré esto más tarde. Pero estoy seguro de los medios que he empleado.

CATERINA

¿Seguro? Entonces esto me basta. ¡Ah, Dios bondadoso! ¡Pero mírame, que yo te vea!

RODOLFO

¡Caterina!

CATERINA

¡Oh! No pensemos más que en nosotros, tú en mí y yo en ti. ¿Me encuentras muy cambiada, verdad? ¿Quieres saber el motivo? Hace cinco semanas que no he dejado de llorar. ¿Y tú, qué has hecho en todo ese tiempo? ¿Verdad que has estado triste? ¿Qué efecto te ha causado esta separación? Dímelo. Háblame. Quiero que me hables.

RODOLFO

¡Oh, Caterina! ¡Estar separado de ti, es tener la obscuridad en los ojos, el vacío en el corazón! ¡Es sentirse morir un poco cada día! ¡Es estar sin luz en un calabozo, sin astros en la noche! ¡Es no vivir, no pensar, no saber nada! ¿Me preguntas qué he hecho? Lo ignoro. Esto es lo que he sentido.